

La poesía de Blanca Andreu y el surrealismo.

Algunas reflexiones

por María Isabel Navas Ocaña
Universidad de Granada

La irrupción de Blanca Andreu en el panorama poético español se produjo en 1981 con el poemario *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*¹, galardonado con el premio Adonais de poesía correspondiente a 1980. Su segundo libro aparece en 1983 y también lo hace auspiciado por la concesión de un premio, el «Fernando Rielo de poesía mística». Se trata de *Báculo de Babel*². Y en 1988 Andreu publica el que es su último trabajo hasta la fecha, *Elphistone*³.

Estos tres poemarios marcan la trayectoria poética de Blanca Andreu a lo largo de la década de los años ochenta, aunque fue el primero de ellos, *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*, el que generó una mayor resonancia en los medios literarios, sobre todo porque, como muy bien ha señalado Luis Antonio de Villena, pareció inaugurar una nueva generación poética, la que este crítico ha denominado «postnovísima»⁴. No obstante, el propio Villena, que ha intentado definir las líneas generales por las que discurre la poesía de los «postnovismos», se apresura a desmentir el grado de representatividad que Blanca Andreu tiene dentro de su grupo generacional. Dos son las tendencias que, según Villena, están presentes de forma mayoritaria en los postnovismos: «la tradición clásica» y «la poesía minimalista o del silencio», y en ninguna de estas tendencias podría incluirse, en su opinión, la poesía de Blanca Andreu. Sólo una serie de factores extraliterarios-la imagen de modernidad de Blanca Andreu de cara a los medios de comunicación de masas, imagen auspiciada por su utilización de «modismos pasotas», del mundo de la droga, etc.- unidos a otros de índole literaria-la diferencia que el primer libro de Andreu mostraba respecto a la poesía de los novísimos en lo que Villena llama «segundo momento generacional», marcado ya por la tradición clásica y la poesía del silencio- pudo crear el «espejismo» de que esta poeta era la represen-

tante de una nueva generación poética. Sin embargo, esa nueva generación no rompe, en opinión de Villena, con el segundo momento generacional de los novísimos sino que lo continúa. De ahí que la obra poética de Blanca Andreu se sitúe lejos de las tendencias mayoritariamente aceptadas por otros poetas de su generación. No obstante, Villena reconoce que la variedad de opciones, la ausencia de una estética dominante es una de las características fundamentales de la poesía postnovísima, a pesar de la existencia de esas líneas mayoritarias. Por eso, habla de «las vías de la diferencia», una de las cuales sería justamente la poesía de Blanca Andreu.

Aunque toda propuesta de un esquema generacional contiene fallas, la exposición de Villena nos parece aceptable en líneas generales. Sin embargo, creemos que habría que profundizar un poco más en lo que constituye el carácter diferencial de Andreu dentro de su generación. Tal como apunta Villena, parece que la diferencia estriba fundamentalmente en la conexión de Blanca Andreu con la tradición del surrealismo. Esta circunstancia no sólo marca la pauta de diferenciación de esta poeta respecto a otros autores coetáneos sino que es además, siempre según Villena, lo que supone un mayor corte con la poesía de la generación anterior: la de los novísimos. Y esta última cuestión sí que nos parece ampliamente discutible. Villena minusvalora la importancia del surrealismo en la poesía de los novísimos y la circunscribe únicamente a algunos textos de Antonio Martínez Sarrión. A su juicio, «tal modo de escritura (poema en prosa, imágenes oníricas, fluir de la conciencia) había sido brevemente-y no de manera absoluta-seguida por algún novísimo de la primera hora (pienso en textos de Martínez Sarrión), pero para quedar, en lo fundamental postergado enseguida»⁵. Este tema sería muy amplio y exigiría un estudio mucho más extenso de lo que permiten estas páginas. Con todo no hay que



Blanca Andreu
Elphistone

Colección Visor de Poesía



olvidar que fueron precisamente los novísimos los que intentaron recuperar un movimiento marginal de la posguerra, el Postismo, que pretendía enlazar con el surrealismo y en general con la vanguardia europea de entreguerras⁶. Y tampoco puede olvidarse la relación que con el surrealismo presentan los primeros libros de Pere Gimferrer, de Leopoldo María Panero o del mismo Antonio Martínez Sarrión. Se podría aventurar además una cierta conexión entre la poesía de Blanca Andreu y la estética novísima sobre todo en lo que concierne a las referencias culturalistas, y habría entonces que analizar cómo esos dos elementos, surrealismo y culturalismo, se resuelven respectivamente en la poesía novísima y en la poesía andreiana. Ello quizás fuese un indicio de que ese pretendido corte de la poesía de Andreu con la estética novísima no es tal o al menos no lo es en tan gran medida como señala Villena. De esta forma podríamos precisar con mayor facilidad el lugar que ocupa Blanca Andreu en relación a la generación que la precede.

Por otra parte, Villena habla también del surrealismo al comentar otras «vías de diferencia» existentes en la generación postnovísima: la «sensibilidad del rock» y la «tradición del versículo». Un estudio en

profundidad de ambas tendencias podría revelar quizás una importante presencia del surrealismo en ciertos poemarios postnovísimos. Es posible que de esta forma la poesía de Blanca Andreu no resulte tan aislada dentro de su grupo generacional.

Estas son las primeras reflexiones que nos hemos hecho al intentar dilucidar la trayectoria poética de Blanca Andreu, una trayectoria de la que podría obtenerse una panorámica mucho más completa una vez que se estudie la importancia del surrealismo y de las vanguardias en cada una de las generaciones poéticas surgidas en España durante el siglo XX⁷. Esta problemática ha sido tratada con cierta profusión en lo que respecta a la generación del 27⁸. De hecho, algunos críticos como Emilio Miró o John C. Wilcox han señalado con bastante acierto las afinidades existentes entre la obra poética de Andreu y el surrealismo de Federico García Lorca o Pablo Neruda⁹.

Sin embargo, la poesía española de la posguerra y en particular la poesía de los novísimos carece de un estudio clarificador sobre el tema. Esta ausencia provoca cierta confusión a la hora de juzgar la poesía de autores que, como Blanca Andreu, acuden al surrealismo

para dar cauce de expresión a su particular mundo poético. En el caso de esta poeta la carencia de un amplio conocimiento crítico del tema de la vanguardia en nuestro país no sólo desdibuja las relaciones que puedan establecerse entre su poesía y la de los novísimos sino también las afinidades que puedan existir entre su obra poética y la de otros compañeros de generación. Prueba de ello es el texto crítico de Luis Antonio de Villena que acabamos de comentar.

Pero además, curiosamente, la problemática del surrealismo no sólo ha significado para Blanca Andreu una cierta marginación de las líneas, supuestamente mayoritarias, seguidas por su generación e incluso por la generación precedente—ésta es al menos la opinión de Luis Antonio de Villena— sino que ha llegado hasta el punto de provocar en algunos críticos serias dudas sobre la calidad estética de su poesía. A modo de ejemplo podemos citar la reseña que José Luis García Martín hizo del libro *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*¹⁰ o el comentario que Felipe Benítez Reyes publicó en la revista *Fin de siglo* sobre *Báculo de Babel*¹¹.

Entre los defectos que José Luis García Martín encuentra en *De una niña*



SUSCRIPCIONES
REVISTAS
LIBROS

Euskalduna, 6
Teléfono: 4 32 19 45
Bilbao 8

de provincias... se halla la ausencia del «más mínimo sentido de la construcción poemática: se empieza y se termina en cualquier momento; los poemas del libro pueden unirse, partirse, entremezclarse a gusto del lector»; se trata, además, en su opinión, de «poemas que hacen de las asociaciones gratuitas su principio estructural», poemas que García Martín califica de «melopea neosurrealista» para a continuación ironizar sobre la supuesta novedad del surrealismo a la altura de 1980: «La inconexa palabrería del libro no carece de encanto ni de arcaica novedad (hace cincuenta años sorprendería a los lectores).»

Al igual que García Martín, Felipe Benítez Reyes pone en duda la novedad del primer libro de Blanca Andreu que, a su juicio, «no era gran cosa: palabrería confusa, ingenuas ingeniosidades léxicas, asociaciones caprichosas de novicia algo torpona -y tardía- del surrealismo». Por otra parte, *Báculo de Babel* confirma, según este crítico, una de las sospechas que acuciaban al lector de *De una niña de provincias...: la «incapacidad discursiva de esta autora, su imposibilidad de estructurar un poema con un sentido inteligible».*

Ante críticas semejantes resulta aún más difícil dilucidar la verdadera significación de la obra poética de Blanca Andreu. Parece que la relación de la poesía andreiana con el surrealismo es la causa fundamental de las reticencias de la crítica. Y estas reticencias se producen, a nuestro juicio, porque la perspectiva adoptada contiene algunos errores que se derivan quizás de ese desconocimiento que apuntábamos más arriba sobre la auténtica trayectoria del surrealismo en nuestro país. En primer lugar, nos parece completamente equivocado intentar enjuiciar una obra surrealista a partir de criterios tales como la lógica discursiva. Si para valorar un poema surrealista hubiese que medir su grado de inteligibilidad ningún poema, ni siquiera los de poetas tan afamados como Lorca, Alberti, Neruda o Aleixandre -por citar algunos- podrían ser considerados poemas de calidad.

En segundo lugar, en las críticas de García Martín y Benítez Reyes se ironiza respecto a la novedad que la técnica surrealista pueda tener en la década de

los ochenta, cincuenta años después del nacimiento del surrealismo. Evidentemente, acogerse al surrealismo en estas fechas resulta poco novedoso, pero tampoco lo es, y mucho menos aún, recoger la antorcha de la tradición clásica. Sin embargo, cuando se enjuicia la obra de un poeta de esta índole no se suelen hacer observaciones sobre la ausencia de novedad de sus técnicas expresivas. Se suele insistir más bien en su particular utilización de esa tradición clásica. Pues bien, el surrealismo y la vanguardia es a estas alturas del siglo XX otra tradición con la que el poeta cuenta y a la que puede acogerse. Vistas las cosas desde esta perspectiva, observaciones del tipo de las que realizan tanto García Martín como Benítez Reyes resultan totalmente injustificadas. Sería necesario, en cambio, enjuiciar la obra de Blanca Andreu intentando delimitar sus aportaciones personales a esa tradición del surrealismo, aportaciones que sólo podrían ser apreciadas con claridad teniendo en cuenta el desarrollo de la vanguardia en nuestro país en las generaciones poéticas anteriores a la suya y, por supuesto, comparando su poesía con la de otros miembros de su generación incluidos también en esa tradición.

Por tanto, y a modo de conclusión, sólo queremos apuntar que la comprensión de trayectorias poéticas como la de Blanca Andreu pasa por un estudio en profundidad de la pervivencia del surrealismo en nuestro país en las generaciones precedentes a la suya y sobre todo, ha de contemplar la eliminación de ciertos prejuicios como el de la novedad, prejuicios que la crítica española no ha abandonado aún al hablar del surrealismo. Prueba de ello son las críticas de Felipe Benítez Reyes y García Martín. Estas son, en suma, las reflexiones previas que creemos deben acompañar cualquier valoración crítica de la poesía de Blanca Andreu.

NOTAS

(1) Madrid, Hiperión, 1981; 3.ª edición revisada y aumentada, Hiperión, 1983.

(2) Madrid, Hiperión, 1983.

(3) Madrid, Visor, 1988.

(4) *Postnovísimos*, Madrid, Visor, 1986.

(5) *Ibidem*, p. 26.

(6) Ver Pere Gimferrer, «Tres heterodoxos» (sobre Carlos Edmundo de Ory, Juan Larrea y Leopoldo María Panero), en *30 años de literatura española*, Barcelona, Kairós, 1971, pp. 99-106 y el artículo «Eduardo Chicharro, revelación de un poeta», *Destino*, Barcelona, 13 de julio de 1974, pp. 34-35.

Por otra parte, Antonio Martínez Sarrión fue el encargado de prologar el libro *Nuevo compuesto descompuesto viejo* del también postista Gabino-Alejandro Carriedo (Madrid, Hiperión, 1980).

Ver además las declaraciones-siempre elogiosas- de Pere Gimferrer y Martínez Sarrión sobre los postistas en el libro de Federico Campbell, *Infame turba*, Barcelona, Lumen, 1971.

(7) Un primer eslabón de este artículo ha sido abordado por nosotros en *Las vanguardias poéticas en España (1940-1950)*, libro que se encuentra actualmente en prensa en el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.

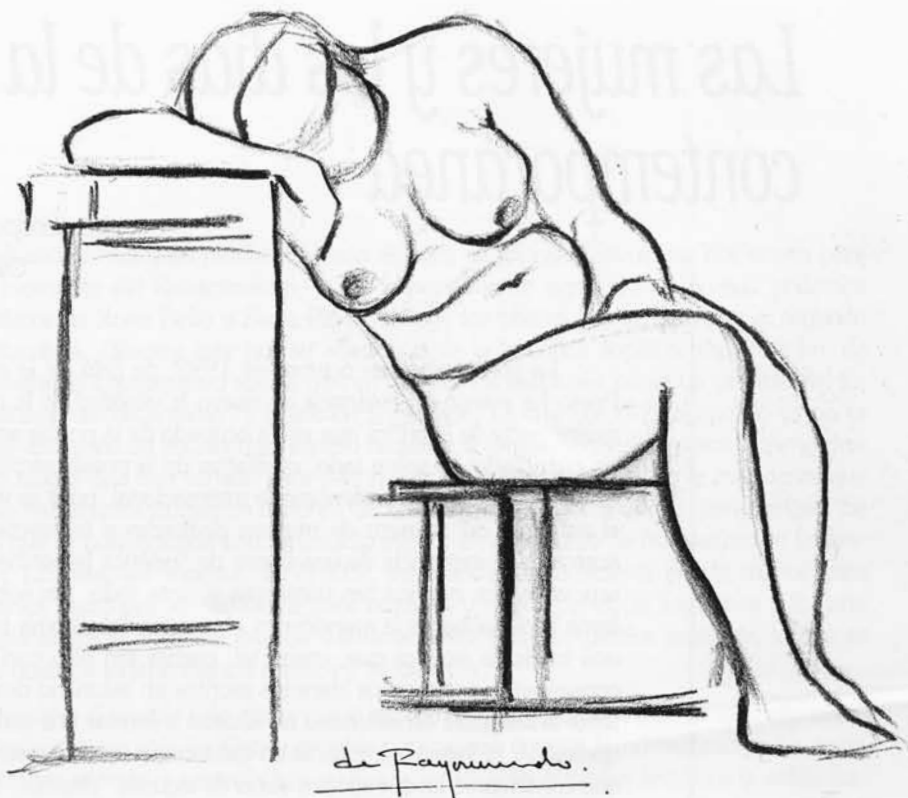
(8) Estudios clásicos sobre el tema son los Vittorio Bodini, *Poetas surrealistas españoles* (Barcelona, Tusquets, 1971), C. B. Morris, *Surrealism and Spain*, (Cambridge University press, 1972), Paul Ilie, *Los surrealistas españoles*, (Madrid, Taurus, 1982), por citar algunos.

(9) Emilio Miró, «Dos premios para dos nuevas voces: Blanca Andreu y Ana Rossetti», *Insula*, Madrid, n.º 418, septiembre de 1981, p. 6; John C. Wilcox, «Blanca Andreu: A "poeta maldita" of the 1980s», *Siglo XX/20th Century*, University of Colorado Boulder, Vol. VII, n.º 1-2, 1989-1990, pp. 29-34.

La propia Blanca Andreu ha reconocido el influjo de Lorca y de Neruda en su poesía. Ver Sharon Keefe Ugalde. *Conversaciones y poemas. La nueva poesía femenina española en castellano*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 252-253.

(10) En *Poesía española 1982-1983. Crítica y Antología*, Madrid, Hiperión, 1983, pp. 117-119.

(11) *Fin de siglo*, Jerez de la Frontera, n.º 8, 1984, p. 73.



MANTUA

a Juan Benet

*Qué bandada de horas hacia nunca más aprovecha el viento
a favor,
qué brusco aleteo cuando todas las aves han callado,
cuando de las acacias risas secas escapan huyendo hacia
el final
o ese hombre entre las estatuas entristecidas y las fuentes
que vigilan su honra
mientras el agua desenreda su elocuencia
y la luna quebrada juzga tu quehacer.
Cuando callaron los vencejos
un ladrón volvió al cruce de calles dirigiendo a la luna
inéditas súplicas,
llamándola hoja de olivo y sal de la noche-extrañas
invocaciones que ignora el poeta, entre piedras, sobre
el pavimento, caído
al costado del hotel Wellington
donde declina su porvenir asombrado por la luna
bajo un pálido claro de letra. Esta era la escena.
Y vio como la flota de las horas naufragaba en la noche,
en el agua oscura, entre las estrellas,
con todas las velas sueltas se hundía entre las sábanas,
llegaba hasta tu lecho.*

(Del libro "Elphistone")